

4.4

## 4. ANÁLISIS

# Tareas de los cristianos en tiempo de crisis

*Raúl González Fabre*

## TIEMPOS DECONSTRUCTIVOS

La experiencia histórica del siglo XX venezolano había venido siendo básicamente constructiva hasta la década de los '70. La edificación de un Estado moderno y la explotación de las fuentes de riqueza nacionales, la expansión de las ciudades y sus servicios públicos, y el establecimiento de canales de participación política, son sólo ejemplos de cómo ésto tuvo lugar. Se trató de un esfuerzo de todo el país, y no sólo de sus cúpulas dirigentes. Venezuela se sentía a sí misma avanzando.

Pero desde hace años, el tono vital "neto" de la sociedad venezolana es deconstructivo. Por deconstrucción se entiende aquí la pérdida de fuerza de los lazos que constituyen las instituciones sociales, en su sentido más amplio. Es fácil encontrar ejemplos: la Justicia escandalosamente inoperante, la Representación política perdida su representatividad, la Comunidad vecinal disolviéndose por la violencia en los megabarríos, la Educación paralizada como fuerza creativa, el Sistema económico divorciado de las necesidades a las que debería servir... No se trata exactamente de destrucción. Las instituciones no desaparecen, sólo se vacían de contenido. Cada vez significan menos, cada vez vinculan menos a las personas entre sí. Dejan de ser confiables para el sujeto, que se encuentra solo ante los demás, reducido de ciudadano a individuo, en cierta manera despersonalizado, por cuanto su ser persona en sociedad venía mediado por la participación en instituciones. Como no encuentra casi en qué apoyarse, no es raro que opte por intentar salvarse a sí mismo, aun a costa de desarticular todavía más la estructura social, y agravar los males que pesan sobre otros.

Los acontecimientos del pasado 4 de

Febrero pusieron de relieve lo que ya se había manifestado dos años antes: el vaciamiento del sistema político, que inutiliza los canales regulares de resolución de conflictos, y crea en muchos la esperanza —insensata— en la fuerza como único recurso restante. Es la deconstrucción de una democracia en la que una porción amplia del pueblo no se siente representada.

Desde luego, junto a esta tendencia deconstructiva aparecen importantes esfuerzos constructivos en todos los niveles. Por desgracia, mucho más abunda la retórica sobre construcción que los proyectos e ideas efectivos llevados adelante con tenacidad. El balance es negativo. Los venezolanos compartimos las experiencias simultáneas de sentir que nuestra sociedad necesita regenerarse, y de pérdida de fe en su capacidad para ello. No sabemos cómo acabar con la violencia, cómo llegar a ser un pueblo productivo, cómo establecer relaciones justas entre nosotros, cómo salvar nuestra cultura. Pululan las explicaciones y las teorías divergentes mientras escasean los caminos prácticos. Nos aqueja la parálisis política.

Nadie puede preveer por cuánto tiempo más el saldo será negativo. Una cosa es cierta, en algún momento se revertirá la tendencia. Y ello por una razón sencilla: conforme avanza la deconstrucción, nuestra sociedad se va haciendo inhabitable. La experiencia de la despersonalización y la vulnerabilidad despierta a muchos que no se resignan a vivir así, encogidos temiendo en el otro al cazador. La necesidad desata fuerzas creativas inesperadas. Ello está sucediendo ya, y ocurrirá en mayor medida conforme nuestro ambiente social se vaya haciendo irrespirable.

Tampoco puede preverse dónde está el fondo más abajo del cual no caeremos.

En Colombia hicieron falta muchos años de guerra civil hasta que las fuerzas creadoras de la sociedad han empezado a imponerse a los deconstructores. Nuestro país seguramente no llegará nunca a semejante colapso, por más que la violencia gana terreno. Pensar que la sociedad venezolana ya ha alcanzado lo más bajo de su caída es un optimismo difícil de fundar. Y tampoco hay buenos motivos para proclamar que tal o cual desastre nos ocurrirá irremisiblemente. Nos movemos en el reino de lo imprevisible. Ningún augur puede serlo más que en vano.

## LA TAREA DE LOS CRISTIANOS

La deconstrucción social daña especialmente a los más pobres, a los que tienen menos recursos para defenderse por sí mismos, a los desposeídos de oportunidades. El sentimiento inmediato que suscita en los cristianos es la compasión: estamos con los que padecen, su pasión es la nuestra, quizás hasta somos 'de ellos'. Y para estarlo —para serlo— efectivamente, se moviliza la solidaridad, actitud cuajada en mil acciones, en la que la Iglesia se hace verdadera Comunidad. También éso está ocurriendo entre nosotros.

Aun en el caso de que su primera intención fuera sólo atenuar los males que caen sobre los indefensos, la experiencia de la solidaridad señala claramente la dirección de nuestra tarea. En efecto, la solidaridad **CONSTRUYE COMUNIDAD**, crea una articulación social nueva, recoge buenas intenciones y buenos sentimientos personales para hacerlos fértiles, operativos.

La primera tarea de los cristianos en esta hora es esencialmente creadora. Más que llorar la deconstrucción o denunciarla proféticamente —ambas cosas, por cierto, imprescindibles— nos centramos en sembrar gérmenes para las instituciones sociales del futuro. Cuando una generación nueva de venezolanos se proponga recrear el país a favor del hombre—lo que indudablemente ocurrirá antes o después—, ha de encontrar ya a la Iglesia en la avanzada de esa tarea, señalando con hechos algunas pautas esenciales: que la

## 4. ANÁLISIS

sociedad es primordialmente comunidad donde se aprecia y se respeta a cada persona; que todos tienen derecho a una participación no alienada en el sistema económico y en el político; que la cultura de nuestro pueblo vale como lugar propio para humanizarnos y ser alcanzados por Dios...

No es una tarea nueva que debemos proponernos en adelante. Desde la experiencia de solidaridad efectiva que muchos se han esforzado en vivir a partir de Medellín, la realidad de la acción de los cristianos es construcción de nuevas articulaciones sociales: organismos de derechos humanos, grupos juveniles, comunidades eclesiales, educación popular integral, pequeñas unidades productivas, organizaciones de barrio, autogestión indígena, centros de análisis y comunicación, pensamiento humanista y teológico nacido en Venezuela...

Esta tarea creadora no es re-construcción de lo que hubo en algún tiempo pasado. Desde lo mejor de nuestra tradición nacional, que incluye los valores de la fe, se trata de hacer lo que nunca había sido hecho: trastornar los viejos esquemas que arrastramos desde la Conquista, e inventar formas nuevas de convivencia. Tal cosa se está realizando a puro ritmo de realidad, al paso de lo concreto, sin la demagogia de los retóricos ni los sueños de los ilusos.

### LOS CONSTRUCTORES DEL MERCADO

Desde luego, no son sólo los cristianos los que se hallan en tareas parecidas —aunque quizás sean ahora la fuerza constructiva articulada más eficaz de nuestra sociedad—. Hay muchas otras personas y grupos provenientes de las más variadas tradiciones ideológicas y religiosas, empeñados en la construcción social, con diversa profundidad y fortuna.

De estos grupos, el predominante ideológicamente es el

que propone como salida para esta crisis de desarticulación la creación de una economía moderna, que modernizará y reordenará a toda la sociedad. Se trata de las diversas variantes del neoliberalismo. Para ellos, la sociedad de nuestro futuro se articulará primordialmente como Mercado competitivo, en lugar de como Comunidad —la propuesta cristiana—. Por ocupar parcelas importantes del poder —incluido el poder comunicativo de los Medios—, y por su ascendente sobre parte de la clase profesional y de la burguesía, los cristianos no pueden eximirse del diálogo con este proyecto.

Los momentos de tal diálogo están todavía por establecerse, lo que no se va a intentar aquí exhaustivamente. A título demostrativo, señalamos sólo tres de los más obvios:

- Los cristianos tienen derecho a preguntarse por la veracidad de las aspiraciones de reforma de quienes proclaman el neoliberalismo. En especial, de la parte del cuerpo empresarial que se beneficia actualmente de situaciones de oligopolio. Puede ocurrir que mientras ideólogos y tecnócratas creen sinceramente en el Mercado como salida para nuestra sociedad, estén siendo utilizados por los verdaderos detentadores del poder económico para

acabar con las barreras que el Estado oponía a su absoluto predominio y, por ende, con la libre competencia. Puede ocurrir que todo no sea más que un pseudoproyecto destinado a sacrificar a los pobres para acrecentar cuentas privadas en el exterior, sin que la acumulación de capital se refleje en inversión.

- Los neoliberales tienen derecho a preguntar a los cristianos por la viabilidad económica de una propuesta comunitaria: cuáles son los incentivos que efectivamente elevarán la productividad, cuáles las condiciones que motivarán la inversión, y cómo una sociedad primordialmente comunitaria sobrevivirá en el mercado internacional.
- Ambos tienen derecho a cuestionarse mutuamente la efectividad constructiva, la legitimidad, y los efectos secundarios indeseados de los medios que se están poniendo en juego.

### DIALOGAR CON HECHOS

La elucidación de qué camino producirá auténtico desarrollo —de la persona completa y de todas las personas de nuestro pueblo— no puede dejarse sólo al debate de las ideas. Finalmente, la cuestión se juega también en el terreno de las



realizaciones.

La acción de los cristianos debe mostrar que no hay contradicción entre desarrollo económico y desarrollo social. Justamente al contrario: en la construcción de una economía moderna es elemento principal la acumulación de capital humano, que sólo puede tener lugar si el ambiente ofrece una calidad de vida que permita a cada cual desarrollar sus capacidades personales y ponerlas en acción. Esto es, convertirse en sujeto del mercado, capaz de iniciativa económica y de participación inteligente. ¿De quién es el desarrollo económico, si éste pasa por la destrucción de la calidad de vida del 80% de la población? No ciertamente de los venezolanos. Si destruimos el capital humano, no habrá lugar para nada más.

Cada persona que muere por hambre o por enfermedades mal tratadas, cada joven que se inutiliza socialmente al incorporarse al hampa, cada niño con sus oportunidades bloqueadas por la desnutrición o las deficiencias del sistema educativo, nos duelen a los cristianos en el alma por su propio valor como personas. Y también porque es uno menos para construir el futuro de todos. Esa persona ya no será recuperada por más que mejoren los índices macroeconómicos. Nadie sustituirá su aporte específico, con el que se hubiera podido enriquecer la sociedad completa. La acción de los cristianos se encamina desde hace años a evitar un desperdicio de vidas tan inhumano. Las comunidades han obtenido éxitos notables en la humanización del ambiente de los barrios, en el crecimiento psicológico de la gente, en la autogestión de servicios y microempresas, e incluso en la capacitación técnica.

Participar en la organización popular cristiana ha aumentado no sólo la capacidad de muchas personas para contribuir al desarrollo, sino también la fe en sí mismas como agentes de su propio progreso. Ello sobre todo a partir del momento en que cada organización renuncia al reivindicacionismo como la faceta fundamental de su acción. Pues si bien los cristianos están en la obligación de exigir al Estado que cumpla con su función social —que se ocupe de salud, educación, infraestructura, seguridad y justicia para todos—, cuando el énfasis se pone sobre la reivindicación, se pierde el sentido del propio protagonismo en la construcción del futuro. Se esteriliza la organización.

Sin embargo, si esa forma de actuar fue

frecuente en el pasado, ahora no lo es. Ha ocurrido en los últimos años un giro radical, el poner la esperanza sólo en la fuerza de la Vida en los pobres, que permite a los cristianos afrontar el desafío de este momento: convertirnos en un pueblo capaz de producir y gerenciar lo que necesita para su prosperidad, precisamente desde la justicia. En este sentido, el grueso de la tarea está por hacer. Nuestras experiencias de producción y autogestión son aún pocas y pequeñas como para suponer una verdadera alternativa en el diálogo nacional.

#### COMUNICAR LA REALIDAD

El diálogo sobre el país y su futuro no puede tener lugar más que desde la realidad presente, desde su verdad. Los venezolanos sufrimos una profusa falsificación de nuestras imágenes sobre lo que sucede y sobre nuestras posibilidades, falsificación que parece más aguda entre los que tienen la responsabilidad de manejar el poder económico y político. De tanto operar sobre abstracciones, muchos dirigentes han acabado por convertir a los índices macroeconómicos y a las correlaciones de fuerzas políticas en pseudorealidades separadas de la realidad que debían representar. El resultado es una economía que se sirve a sí misma y una política que ya no es de todos, sino sólo de algunos iniciados, que oyen sin escuchar lo que el país tiene que decir.

Los cristianos están en una posición especialmente adecuada para ayudar a Venezuela a descubrirse a sí misma. Precisamente por la opción por los pobres, que es vocación de toda la Iglesia, nuestros oídos no descuidan lo que ocurre en los barrios, en los campos ni en las cárceles. Los agentes de pastoral insertos apoyan a la gente de nuestro pueblo en el redescubrirse a sí mismos como sujetos de valores y posibilidades insospechadas, y en el apartar la vista de modelos alienantes. Y luego el redescubrimiento se hace contagioso conforme unas personas comunican a otras la liberación interior que les aconteció.

De ahí para arriba en la estratificación social, los cristianos intentan volver la mirada del país hacia su realidad. Se trata, en primer lugar, de comunicar lo que sucede en sus verdaderas dimensiones, dando a cada cosa la importancia que tiene para la vida de la gente. Como la

## 4. ANÁLISIS

situación no es buena, y quizás empeore, puede parecer que ello nos conducirá a convertirnos en portadores sistemáticos de malas noticias, al estilo de los periódicos y de las radios. Pero es justamente al contrario. Por haber conectado con el día a día de la vida del pueblo pobre, perteneciendo a él o no, descubrimos la fuerza con que trasciende los condicionamientos adversos, y somos capaces de encontrar con él no sólo lo que las cosas son, sino también lo que pueden llegar a ser por sus propias potencialidades internas. Hemos vivido numerosos ejemplos significativos de cómo esas potencias se plasman en realidades. Esto constituye una esperanza tan afincada en la realidad como la situación misma, completamente diferente de los llamados vacíos a “creer en nosotros mismos” y “recuperar la confianza” de quienes tienen su odontólogo en Houston. Revelar esta esperanza al país es la segunda tarea comunicativa de los cristianos.

El comunicar la realidad —situación y esperanza— puede y debe hacerse en toda oportunidad. No sólo a través del acceso a los Medios, sino en cada conversación sobre el país, en cada reunión de grupos de base, en cada cátedra universitaria. Lo significativa que resulte esa comunicación no depende de la fuerza propagandística con que se imponga, sino de su veracidad. A estas alturas, hacer propaganda sería contraproducente, porque abortaría el diálogo: el propagandista nada necesita escuchar. E igualmente pernicioso resultaría falsear la realidad para que realce nuestros esquemas interpretativos. El hablar cristiano sobre lo que ocurre y lo que podemos construir, será siempre valorativo desde nuestras convicciones de fe. Pero no precisamos en absoluto ocultar hechos o negarles su importancia, como tampoco proyectar nuestros deseos para hacerlos pasar por realidades.

El poner al país frente a sí mismo nos ayudará a recuperar la política y la economía como saberes prácticos acerca de cómo alcanzar los objetivos sociales de humanización y prosperidad para todos. Demasiados ídolos pululan en nuestra sociedad cobrando sacrificios humanos como para que los cristianos podamos desentendernos de esta tarea.